

cia con posterioridad al que comentamos, pero aquí, sin embargo, se ha traducido antes. Incluso hay algún capítulo, como el que analiza la atracción voyeurista de nuestros contemporáneos por los sucesos insólitos y catastróficos como supervivencia de ciertos sentimientos atávicos, que aparece desarrollado en el otro libro casi al pie de la letra. Como también el dedicado a otra de las funciones básicas de los medios: la de vedetización, que crea nuevas élites e introduce graves distorsiones en el sistema competitivo, el único capaz de racionalizar, desde el punto de vista capitalista, la estratificación.

Las conclusiones de uno y otro libro son parejas; Cazeneuve confía en las tendencias que parece apuntarse en los países más avanzados —y que se verán sin duda favorecidas por el desarrollo tecnológico— a una descentralización de los focos de creación y una diversificación creciente de los públicos, que se alejarán cada vez más de las características de la masa. Aunque advierte oportunamente del peligro que podría derivarse de una proliferación sin finalidad, regida más "por los azares de un mercado dislocado que por un proyecto humanista", al que el autor apela una y otra vez a lo largo de su obra. A Cazeneuve, que no adelanta soluciones políticas, sólo le cabe esperar que esto no ocurra. Es lo que un inglés llamaría "wishful thinking". JOAQUIN RABAGO. ■

La biografía de Felipe González

Antonio Guerra destaca de los treinta y seis años de la vida de Felipe González, el secretario general del Partido Socialista Obrero Español y correligionario suyo, la honestidad y la transparencia.

Es una biografía, repite Antonio Guerra, de la que se puede decir todo, porque ninguno de los rasgos que la componen desdican la imagen actual del personaje.

Los méritos que Antonio Guerra ve en la vida del abogado sevillano que ha llegado a suponer en España la imagen total de un partido político están también en este libro difícil.

Como casi todos los libros que



Felipe González.

se escriben y se publican sobre seres vivos, el que contiene la biografía de Felipe González no se termina en sí mismo. Es preciso seguirle la pista. En la presentación del volumen, Antonio Guerra afirmó, junto al biografiado, que uno de los propósitos secretos de la obra fue el de desmentir las historias, algunas de ellas muy bien contadas, que han hecho de Felipe González un mito que no existe en la realidad.

Felipe González no es el pariente cercano de un terrateniente de Jerez de la Frontera, ni posee un Mercedes fabuloso ganado gracias al oro alemán, ni posee fincas sin cuento en la Andalucía de la que procede.

Lo dijo Felipe González y lo repitió Antonio Guerra aprovechando que los salones del Meliá Castilla, donde se presentó el libro, se hallaban repletos: el líder del PSOE es una persona normal, cuya vida es corriente —más de treinta y cuatro años de existencia ininterrumpida en Sevilla, vida familiar muy ordenada, escasas ambiciones personales, egoísmo inexistente— y cuyas aventuras no se pueden contar porque no se hallan.

Antonio Guerra advierte, de todos modos, un peligro para la personalidad de Felipe González. El madrileñismo político asfixiante, como dice el biógrafo, así como la mecánica natural del partido al que sirven, avejentan al líder y le obligan a perder la frescura que tuvo y conservó en Puebla del Río, cuando era un abogado sevillano cuya obsesión eran los espa-

cios abiertos de su tierra y cuyo hobby principal era sin duda el cultivo de la amistad. Son sus amigos de ahora quienes le hallan retraído y difícil, como si la apisonadora de la vida política estuviera tratando de arrebatarle por completo su antigua frescura.

Pero no debe haberla perdido del todo, cuando le da motivo a Antonio Guerra para escribir una biografía en la que no falta el buen humor y una ironía que forma parte de la propia escritura de Felipe González, quien epiloga largamente el libro con una serie de reflexiones distendidas sobre la realidad sociopolítica española. Más que el líder escribe en este caso el mismo hombre que le enviaba cartas de amor y teoría política a la novia que tenía en Sevilla cuando él residía en Lovaina.

El libro está escrito con buen humor y con una amplia utilización de datos. Antonio Guerra, director de El Socialista y periodista que padeció el purgatorio de la censura franquista, ha recurrido profusamente a los datos para evitar que este libro, que ha sido editado por una empresa independiente del PSOE (Edicions Galbá, de Barcelona), apareciera partidista o dictado por alguna resolución de la ejecutiva. La ejecutiva, dice Guerra, nunca se metió con el libro. El se halla satisfecho de haber hecho una investigación honesta y transparente de una vida que es, en efecto, transparente y honesta. Logró darnos esa impresión. En un mundo en el que la aproximación a los textos políticos se hace con cierto cinismo, la actitud con que se lee esta biografía de Felipe González resulta una verdadera excepción. ■ S. C.

Medicina y sociedad

Lo que hoy nos parece evidente ha sido durante largo tiempo negado: la necesidad de que la Medicina, y en particular la organización asistencial, no sea coto cerrado de los médicos, y de que el enfermo no sea considerado independientemente de su entorno, esto es, de su familia, su profesión y la sociedad en la que vive. La Medicina es algo demasiado serio para dejarlo sólo en manos de los médicos, y así somos muchos los médicos que vemos con auténtico agrado la entrada de

Los jóvenes y la lectura

Un 71 por 100 de los jóvenes españoles (comprendidos entre los quince y los veinte años) leen libros, según una encuesta realizada por DATA para la Dirección General de la Juventud y dirigida por el profesor Linz.

La encuesta, publicada en febrero pasado, se hizo sobre una muestra nacional de 3.252 casos.

Este 71 por 100 de lectores (que respondió "sí" a la pregunta "¿Te queda tiempo para leer libros?") leen una media mensual de 2,41 libros. En cuanto al tipo de lectura preferida, queda reflejado en el siguiente cuadro:

	%
Literatura (clásica, moderna, etcétera)	38
Libros reportaje de actualidad	31
Novelas (Deste, policíacas, etcétera)	26
Libros políticos	23
Libros científico-técnicos	22
Poesía	22
Biografías e Historia	19
Naturaleza, animales	9
Fotomoviles	6
Otros	4

otras disciplinas en el campo, sagrado hasta hace poco, de la asistencia al enfermo.

Dos son las disciplinas que tienen en particular méritos propios y manifiestos para esa "intromisión": la Sociología y la Economía. En este contexto recibimos con enorme interés la reciente publicación de la obra de Isidoro Alonso Hinojal (1), en la que formula consideraciones empíricas y analiza las relaciones sociales de un grupo de enfermos estudiados en una consulta hospitalaria de Madrid. Es de elogiar ante todo la actitud de los médicos que han facilitado la labor del sociólogo que es Alonso Hinojal, ejemplificando así la nueva posición de los médicos frente a otros profesionales.

Dice con razón el autor del libro que comentamos, que "la Medicina moderna oculta a los enfermos y a la sociedad las causas profundas de las enfermedades, que son sociales, económicas y culturales". Creo, sin embargo, que la Medicina, y los médicos, sus ejércitos, no han cometido en este sentido un error premeditado, sino que se han dejado entrapar por la

(1) Isidoro Alonso Hinojal, Sociología de la Medicina, Editorial Tecnos, 1977.

sociedad industrializada en una maraña de la que difícilmente escaparán. La urbanización a ultranza, la despersonalización del trabajo, la prisa por ir no se sabe adonde, y el consumismo, no son vicios creados por los médicos, pero a éstos les llegan los resultados desafortunados de la acción de esos agentes en forma de jaquecas, insomnios, úlceras de estómago y duodeno. Ante esa avalancha de pacientes, propiciada además en España por la pésima organiza-

ción del Seguro Obligatorio de Enfermedad, el médico echa mano del recetario y combate los síntomas sin llegar al fondo del problema.

Nos parece extremadamente interesante la parte de "Sociología de la Medicina" consagrada al estudio de casos individuales, que comprende en cada uno de ellos una pequeña biografía, los trastornos psicopatológicos del paciente y su personalidad, las relaciones familiares, que abarcan muchas veces a dos y tres

generaciones, los núcleos conflictivos, y los mecanismos de defensa y compensación. Aunque personalmente no me choca, sale malparada del estudio la clásica familia española, tan aparentemente unida y tan animada con frecuencia por toda clase de conflictos, donde los hijos quieren a los padres "porque lo son" y "porque madre no hay más que una", sufriendo a menudo en su propio espíritu y aun en su propia carne las divergencias entre los pa-

dres y la multiplicidad de relaciones encubiertamente hostiles existentes entre abuelos, padres, suegros, tíos e hijos.

En definitiva, leer a Alonso Hinojal permite percibir claramente que la Medicina basada en el medicamento, si bien indispensable en muchos casos, no es la solución para el enfermo de hoy. ■ J. A. VALTUENA.

ADIOS A LAS LETRAS

Dale Severo

Joaquín Soler Serrano no pudo cantar en el penúltimo A fondo del Segundo Programa de la llamada Televisión Española. Y eso que Severo Sarduy le dio permiso reiteradamente. "Que sí, hombre, Joaquín, que lo hards muy bien".

Joaquín miró temeroso a los telespectadores. "Me ha quitado los papeles, me ha quitado los papeles", parecía decir el popular presentador de los festivales pro damnificados de las inundaciones de Barcelona.

En las inundaciones no lo pasó peor. Severo Sarduy, la amenaza cubana, no sólo trató de vencerle y obligarle a cantar "De dónde son los cantantes", sino que le hizo servir de "médium" entre él y los telespectadores, con los que el novelista de "Cobra" quería hacer el amor, lisa y llanamente; lo único que le interesaba de la entrevista era que sirviera para que los telespectadores hicieran el amor con él.

Severo es muy modesto, a pesar de su nombre, que se lo puso al nacer una partera negra, a la que él imagina con un tafetán rojo, moviendo mucho las caderas. Después de pedir que los telespectadores hicieran el amor con él, siguió mirando a las cámaras —a las cámaras los miró alguna vez también, como pidiendo complicidad—, y solicitó perdón por aspirar a aquel favor teniendo como tiene esa cara, que ya posee más de hindú que de camagüeyano.

Soler Serrano perdió los papeles —que bien agarrados los tenía cuando se le reía delante, incontinente, el descamisado Gabriel Celaya— cuando Severo le pidió el origen de algunas de las citas esas que el presentador se lleva para ilustrar al personaje sobre lo que el personaje se sabe. "¡Ay, qué bello! —comentó Severo— ¿Y quién ha escrito eso de mí?". "No recuerdo", acertó a decir el audaz entrevistador.

Más adelante, el autor de "Gestos" recibió otro origen impedido: "Esta sí sé de dónde es —dijo feliz, como un niño, el veterano locutor—. Esta es del 'New Yorker'". Severo Sarduy respiró tranquilo: "Claro".

Aún hubo más cosas. "¿Cómo se dice en español la chaqueta negra que usaban los jóvenes de los sesenta?", preguntó el perspicaz Severo.

"Blusson noir" replicó seguro Joaquín Soler Serrano.

Supongo que Leopoldo Azancot después de esta experiencia, contratará a Joaquín Soler Serrano para que haga perfiles literarios y a Severo para que los corrija. Azancot, que es tan pálido y pulcro como una revista mensual, está ahora entre los que nos pueden dar trabajo a los que andamos viendo televisión para matar el hambre. El hombre está a punto de dar a la luz una revista de 84 páginas, a la que va a llamar "Taller de Cultura".

No sé por qué Azancot, el padre de la novia judía, niega con tanta insistencia que la suya vaya a ser una revista política. A lo mejor es que no lo es. A lo mejor resulta que le ha llamado Adolfo Suárez desde el palacio de la Moncloa y le ha dicho: "Oye, Leopoldo, que como el nuestro no es un partido político, no debes decir que la nuestra es una revista política".

Entendido, diría Azancot, quitándose el abrigo verde que usa para entrar como por su casa por la oficina de Unión de Centro Democrático, donde los policías disfrazados de lectores de periódico lo paran a uno porque lleva melena y a él lo dejan pasar como si fuera el otro Leopoldo, el "Mister Europa" ese. ■ SILVESTRE CODAC.

Severo Sarduy.



CINE

"Locos de desatar" y "Asylum"

Dos películas, una italiana y otra inglesa, una analítica y otra propagandística, una excelente y otra muy discutible, una en blanco y negro y otra en color, una en 35 mm. y otra en 16 mm., forman un programa doble que se exhibe ahora en Madrid. Ambas se refieren al tema de la locura, de los inadaptados, de las instituciones legales y clásicas sobre la represión a esos marginados, pero mientras una de ellas —"Locos de desatar"— es un espléndido trabajo, la otra —"Asylum"— es una película confusa, blanda y, en cualquier caso, menor.

Las dos utilizan más o menos la misma técnica: introducir la cámara, y no de una forma oculta, en el medio ambiente de estos marginados, escudriñándolos, objetivándolos, exponiendo sus conductas a la luz pública. "Asylum" retrata la comunidad de un grupo de marginados que viven, según las técnicas del doctor Laing, fuera de cualquier medio psicoanalítico, planteando entre ellos sus propias dificultades, sus vivencias, la razón de sus conductas, ayudándose mutuamente a clarificar sus porqués, sin considerarse básicamente enfermos. Pero la realización del inglés Peter Robinson es, como se señalaba más arriba, bastante confusa: es difícil en su película aclarar la situación de cada enfermo, introducirse realmente en su cotidianeidad, entender con precisión las técnicas de Laing. "Asylum" sólo sirve como ilustración parcial de algo que ya debe conocerse previamente, de algo que en la película sólo sirve de apéndice.